

2497606

9
284.2
M742
2005
C.3

REFORMA E ILUSTRACIÓN

Los teólogos que construyeron la Modernidad

Andrés Monares



Este libro cuenta con el patrocinio de
Corporación Ayún



35601155493103

CODA

En el texto se ha descrito en detalle la Ilustración Británica como sistema ideológico y ciertas formas en que con posterioridad se lo ha materializado. Para graficar su importancia y vigencia se presentaron, en el Comentario de cada capítulo y en las notas de todos ellos, algunas de sus actuales consecuencias. Tampoco se eludieron los juicios sobre aquellas ideas y sus efectos. No se cree correcto limitarse a hacer un simple estudio histórico descriptivo, por mucho que sí sea obvio que una descripción tiene que intentar ser objetiva.

Pero además, por los tiempos que se viven se consideró que era necesario dedicar un espacio para tratar de modo sucinto la relación entre la Ilustración Británica, Estados Unidos y América Latina. El patio trasero del Imperio parece estar más en riesgo de sufrir ataques preventivos y los embates del unilateralismo, ser uno de los escenarios de la guerra al terrorismo, firmar tratados de libre comercio o seguir realizando ajustes estructurales y privatizaciones (aunque vale la pena preguntarse si a estas alturas queda algo por ajustar o vender). En fin, como durante toda nuestra historia, América Latina sigue expectante lo que decida hacer el vecino del Norte.

La Ilustración Británica, Estados Unidos y nosotros

In God we trust

La leyenda que llevan los dólares estadounidenses tal vez es la más gráfica muestra de lo que es dicha nación como heredera de las ideas burguesas reformadas que aquí se han expuesto. La fe en el Dios cristiano relacionada al dinero y al poder, en muchos sentidos es Estados Unidos de América (EUA). Y es del mismo modo una triada muy ilustrada. Para comprenderla se debe hacer historia y remontarse a la primera revolución burguesa moderna.

La por los británicos llamada "Gloriosa" Revolución culminó en 1689 en Inglaterra: 87 años antes que la estadounidense y un siglo antes que la francesa¹. Mas, quienes se alzaron finalmente triunfantes fueron los

¹ Si se toma en cuenta la decapitación de Carlos I en 1649, luego de la Segunda Guerra Civil inglesa, se tiene que fue 127 y 140 años antes que la estadounidense y que la francesa respectivamente.

mienbros de lo que se podría denominar la burguesía y/o los puritanos *derechistas*. La nueva élite excluyó del poder político y de la influencia socioeconómica a los más radicales del movimiento, a los puritanos de *izquierda*, y al pueblo llano. No estaban los tiempos para pedir ni menos instaurar la igualdad. De tal modo, impusieron lo que con el tiempo llegó a llamarse Liberalismo. Ella fue una ideología y práctica exclusiva y excluyente que se podría describir —parafraseando a Abraham Lincoln— como *de la burguesía-puritana derechista, por la burguesía-puritana derechista y para la burguesía-puritana derechista*. Esta logró consolidar *sus* libertades y *sus* derechos. La forma de hacerlo menos evidente fue maquillarlo tras el velo de una general igualdad ante la ley, del triunfo de los derechos individuales.

Hasta 1918, como fecha simbólica y práctica, quien llevó el estandar del modelo fue la Gran Bretaña. De ahí en adelante el adalid ilustrado o liberal han sido los EUA. A pesar que con anterioridad dicha nación ya encarnaba los valores y la filosofía ilustrada, sólo después de la Primera Guerra Mundial terminará con su aislamiento autointpuesto. Lo mismo que la Gran Bretaña del siglo XVII, aquella desde sus inicios había integrado el factor religioso reformado. Claro que en su caso realizó *su* propia síntesis de nacionalismo-religioso (que también ha incluido e incluye el factor *racial*/anglosajón). Esa conjunción ideológica ha arraigado profundamente en su pueblo y ha servido durante toda la historia del país a la fecha para unirlo en un sentimiento común y ante proyectos identificados como patrióticos.²

Sin embargo, el proyecto burgués originario a través de los años se fue haciendo cada vez más exclusivo y excluyente. De ser un sistema en teoría de, por y para la pequeña y mediana burguesía, terminó siendo en la práctica por su propia lógica interna un proyecto de, por y para la *gran burguesía*. Si bien nunca fue verdadera la caracterización de los EUA como una nación de pequeños burgueses, sí era y es una idea fuerza y una creencia compartida. Aunque, ya desde la colonización las élites usaron del sistema para su provecho: los terratenientes de las diferentes Colonias; las clases altas y los dirigentes durante la Revolución; los millonarios del auge industrial-financiero de fines del siglo XIX y principios del XX; o, las transnacionales actuales. Esa evolución del liberalismo al neoliberalismo,

por extraño que parezca, no ha resentido esa emoción popular estadounidense que se identifica con lo que aquí se ha dejado en evidencia que es el iluminismo británico. La Modernidad y su expresión neoliberal siguen siendo consideradas como propias por una mayoría.³

Por eso, cuando se analiza con rigor esa *civilización* que hoy ofrece EUA al mundo, sus fundamentos y desarrollo, se cae en cuenta de su singularidad. Al tiempo que asoma el verdadero carácter del rol *modernizador* que está jugando dicho país como campeón del neoliberalismo: imponer a todas las naciones, bajo su tutela, esa contextualización todavía más excluyente de la Ilustración. En la actualidad ese afán lo representa formalmente el *Consenso de Washington*. Sus medidas propuestas/impuestas en pro del libre mercado, son la hoja de ruta del mundo *civilizado* o *moderno*. Se les publica y promueve desde el Fondo Monetario Internacional, la Organización Mundial de Comercio o el Banco Mundial como unos consejos técnicos y benignos. Cuando en realidad dichas medidas son impulsadas política y hasta militarmente por los EUA—de quien dichos organismos no son más que cajas de resonancia de su Departamento del Tesoro—para su beneficio y en especial el de sus élites.⁴

Visito así, al constatar que desde América Latina y el Tercer Mundo en general se alzan los discursos modernizadores que han tenido la fuerza de transformar las sociedades, más que irónico, es patético que la legitimación del imperialismo se sostenga por los propios dominados. Cuando se tienen a la vista los múltiples ejemplos que la historia—tantas veces negada, desconocida o tergiversada—enseña a quien quiera consultarla, ¿es posible seguir planteando que la *República-Imperial* de EUA, ese “regalo de Dios al mundo”, ha empleado y emplea medios legales, amistosos o incruentos en el resto del planeta para la consecución de altruistas objeti-

² La radicalización de la exclusión del modelo se grafica, tal como antaño en Gran Bretaña, en que aparte de la desigualdad hacia el *exterior* se practica una desigualdad *interna*. Por ejemplo, desde la administración Reagan se viene destruyendo el estado benefactor recordando de modo drástico el gasto social y, más recientemente, los tratados de libre comercio que está firmando EUA han creado cesantía y deprimido la industria nacional. Mientras, desde los '80 se han venido rebajando los impuestos a los ricos y con posterioridad se ha impulsando un libre comercio que favorece a las grandes empresas y grupos financieros.

⁴ Esta *debilidad* por el comercio se expresó durante el proceso de emancipación republicana en América Latina. Al tiempo que EUA solidarizaba por su supuesto espíritu democrático con la lucha libertaria, su real interés era aprovechar comercialmente el fin del monopolio colonial español. No tuvo que terminar el siglo XIX cuando EUA, en la descarada transacción de Cuba en un *proteccionado* o en las masacres en Filipinas para someterla como *colonia*, se encargó de mostrar que su rechazo al colonialismo también era falso.

vos que buscan un beneficio universal?⁵

Al ser la respuesta obvia, lo que se debe dejar en evidencia es que quien ahora es el representante por excelencia de la Modernidad se conduce como lo hace por las características excluyentes y agresivas del propio proyecto que de manera explícita ha querido encarnar desde sus orígenes. Como señala el autor y activista cherokee Jimmie Durham, "Estados Unidos es un holocausto continuo y movable (...) ha estado en guerra continuamente, invadiendo y matando continuamente desde las colonizaciones de Jamestown y Plymouth". Al punto que a la fecha se puede sostener, por la capacidad de replicar su *barbarie tecnológica* en cualquier parte del mundo en cualquier momento, que se ha convertido en una verdadera *pandemia*. Por eso, ¿no será hora de condenar y no sólo lamentar pusilánimamente sus presiones ilegítimas, sus acciones criminales y su fanática prepotencia de todopoderoso matón planetario?

La historia ya nos ha enseñado que la Doctrina Monroe, la Diplomacia del Dólar, el Nuevo Orden Mundial o el afán del fundamentalismo cristiano del republicano George W. Bush de conformar una nueva pero mucho más grandiosa Roma, son expresiones de un proyecto nacional explícito que históricamente ha tenido un mayoritario apoyo ciudadano. Dicho plan surge de un particular espíritu religioso y patriótico *reformato* que, según el contexto y sus protagonistas de turno, se ha complementado o sintetizado en diversos grados con diferentes motivos. Se han enarbolado a través del tiempo móviles benéficos, naturalistas, geográficos, políticos, defensivos, económicos, libertarios, agresivos, moralistas, racistas, paternalistas, expansionistas o democráticos. Mas, siempre se ha sostenido en el fondo el rol redentor de la nación. El presidente demócrata y calvinista Woodrow Wilson fue explícito:

"Los Estados Unidos poseen el infinito privilegio de realizar su destino y de salvar al mundo".

⁵ Se debe tener cuidado con los abogados de lo indefendible, siempre prestos a deslegitimar a quienes muestren hechos que no les gustan y a esos mismos hechos. Nadie afirmaría que es políticamente extremista o tendencioso señalar que el pillaje —con la consecuente valoración positiva de la violencia, el robo o el asesinato— era parte importante del sistema económico de las antiguas tribus tartarias. ¿Por qué entonces fruncir el ceño ante conclusiones sobre EUA basadas en acontecimientos reales? Los nazis fueron malvados por ocupar países y reprimir a los heroicos combatientes de la resistencia, lo propio en el caso de los soviéticos y lo mismo se puede decir de los iraquíes en Kuwait. ¿Por qué entonces cuando los estadounidenses han cometido y cometen idénticas acciones son *demócratas* y *liberadores benéficos* que se enfrentan a terroristas, antipatriotas, enemigos de la democracia o bandidos?

Tales palabras, que podrían haber sido dichas por cualquier estadounidense entre los siglos XVIII y XXI, son expresión de la rabiosa fe nacionalista de un pueblo en su providencial *Destino Manifiesto*. Este concepto, aunque acuñado durante el siglo XIX, nombra una concepción religiosa que en su esencia ha estado vigente desde la colonización puritana de lo que hoy llamamos EUA. Se basa en la doctrina calvinista de la *elección* de ciertos pueblos por Dios y de la consiguiente obligación de aquellos de materializar *Su* voluntad: someter a *Su* ley al mundo y a los no elegidos o condenados. Ese rol divinamente establecido es fruto de la *nacionalización* estadounidense del Dios cristiano y la viga maestra de su mitología religiosa-racial-nacionalista sobre sí mismos. Ahí radica la fuerza espiritual, moral y patriótica que los ha impulsado a emprender *guerras justas* casi sin pausa durante su existencia como república. El fanatismo que se deja ver en las alocuciones de George W. Bush sobre la necesidad y validez del uso de las armas para cumplir la misión de su país, no es más que un ejemplo de la retórica que históricamente han mostrado los políticos y medios de EUA, y que ha respaldado entusiasta su pueblo.⁶

Precisamente, al estar convencidos de ser una nación "regida por Dios" ("*under God*")—como queda explícito en el juramento de fidelidad a la bandera que los niños y jóvenes de las escuelas estadounidenses deben hacer— esa misión redentora implica un *deber-deber* determinado por la misma divinidad. He ahí el fundamento místico de donde se deriva la firme creencia en su *superioridad* moral, racial, económica, política, jurídica, religiosa, nacional, cultural y en la *legitimidad*, y hasta *necesidad*, de su agresivo voluntarismo. Un pueblo que cree sin lugar a dudas en su posición preeminente en el mundo, es obvio que entienda que no puede someterse a las reglas o leyes vigentes para el resto. Por lo que, o las viola desde su auto construida legitimidad mesiánica, o asume que posee un marco normativo especial para él. Pues, estaría facultado por la más alta autori-

⁶ Esa general *debilidad* por la guerra no se explica sólo por la manipulación informativa que por parte de sus gobiernos han sido víctimas los estadounidenses a través de su historia. Es un hecho que una mayoría no despreciable ha apoyado desde su nacimiento como país las acciones ilegales, antidemocráticas y atroces de sus sucesivas administraciones, y las que ha ordenado o ayudado a perpetrar a paramilitares, terroristas o dictaduras *amigas*. Guerras, anexiones, protectorados, ocupaciones, derrocamientos de gobiernos democráticos, apoyos a dictaduras sanguinarias, masacres de civiles, escuelas de tortura, agresiones militares o actos terroristas han sido respaldados por los estadounidenses en la opinión pública, a través de sus impuestos, como soldados, con el voto o con su abulia. De ahí se entiende que, como buenos estadounidenses, su política exterior sólo empieza a molestarnos cuando les aumentan los impuestos para financiarla.

dad del universo para hacer lo que sea en nombre de lo que ellos han definido como *Bien* y que, casualmente, termina siendo el bien para sí mismos. No tienen duda de que Dios, *sv* dios anglosajón reformado, está con ellos:

“Nosotros, el ejército de Dios, en la casa de Dios, en el reino de Dios, hemos sido educados para esta misión”⁷

Esa auto identificación como *pueblo elegido* con una *misión divina* se deja notar desde la llegada e invasión de los primeros colonos, pasando por la acción separada de las diferentes Colonias, al nacimiento y expansión de la Unión. Los primeros colonos puritanos, los llamados *Puritanes Peregrinos* llegados en el siglo XVII, y sus descendientes directos pretendían fundar la Nueva Jerusalén en el desierto. Mas, como los territorios no estaban precisamente desiertos, no dudaron mucho en exterminar con la venia de su dios a sus ocupantes nativos. Al estructurarse las trece colonias y posteriormente la Unión, la piedad puritana ya estadounidense propiamente tal seguía afirmando la preferencia divina: Thomas Jefferson, uno de los *Puritanes Fundadores*, mostraba a fines del siglo XVIII su convencimiento de que “el pueblo norteamericano era un pueblo elegido, dotado de fuerza y sabiduría superiores”, “la más pura esperanza del mundo”. En el siglo XIX, la continuación del genocidio de las naciones indígenas del país y la anexión de la mitad de lo que era México, se justificó en ambas cámaras del Congreso y en la prensa expansionista por la urgencia de obedecer el designio bíblico que mandaba hacer fructificar la tierra: de seguir en manos de *razas inferiores* se mantendría infértil. Durante la segunda mitad del siglo XX, a la par de la propaganda libertaria y democrática, la lucha anticomunista fue caracterizada, legitimada y sostenida como una cruzada religiosa de combate contra el ateísmo —e incluso contra el satanismo— del *enemigo*.

Como se puede ver, es evidente la continuidad del espíritu religioso-reformado estadounidense y su síntesis con el nacionalismo. Que en 1838 el filósofo Ralph Waldo Emerson haya dicho que el nombre de EUA era tenido en su época como “sinónimo de religiosidad”, para ese pueblo es una correcta descripción del pasado de su nación y una afirmación todavía válida u obvia. De hecho, según un estudio de *Gallup* a fines del siglo

XX el 94% de los estadounidenses declararon creer en Dios, el 88% su seguridad de que Dios los amaba y el 90% que rezaba.⁸

En tal sentido, el poder que en dicho país tiene la acusación de “antipatriota” —como antaño la de “comunista”— radica en que implica tanto la *traición* a la comunidad como el sentido de lo *herético*. Se refiere a la negación de lo que *es y hace* a los EUA: un país señalado por Dios para *regenerar* el mundo mediante la generalización de sus valores e instituciones. Históricamente se las identificaba con la democracia liberal burguesa y el capitalismo moderno (primero con un libre mercado interno protegido y después con uno internacional). Desde fines del siglo pasado ese modelo exportable se ha radicalizado o especificado aún más en el último eslabón de la Ilustración: el neoliberalismo.

Esa conexión entre nación y Economía Moderna, y la cruzada a que da lugar tampoco es nueva. La había expresado, a fines del siglo XIX, el presidente William McKinley al decir que “la gente de este país quiere mantener el honor financiero del país [sic] con tanta devoción como mantienen el honor de la bandera”. En fin, los imperialistas benévolos, los cruzados antiterroristas y los cristianos evangélicos actuales hubieran aplaudido a rabiar al senador Albert Beveridge, quien en 1900 proclamaba que los EUA no renunciarían a “la misión de nuestra raza, administradora, Dios mediante, de la civilización del mundo”.

Durante su historia, América Latina ha estado sujeta a presiones de todo tipo por parte de EUA (como antes lo fue de potencias europeas). En 1823 los *americanos* dieron comienzo oficial a su política de dominio al aclararle a la Santa Alianza europea, por medio de la llamada Doctrina Monroe, que América era para los *americanos*⁹. A la fecha nuestros líderes, salvo contadas excepciones, actúan como si ello no hubiera ocurrido y

⁸ A principios del siglo XXI, unos 50 millones de cristianos evangélicos estadounidenses se oponían al plan de paz entre Israel y los palestinos del propio Bush. Para ellos la entrega a estos últimos de parte de la *tierra prometida* por Jehová a los judíos retrasaría la segunda venida de Jesús.

⁷ Esta declaración la realizó en 2003 William Boykin, general del Ejército de los EUA y cristiano evangélico. Ese mismo año fue designado subsecretario adjunto de Inteligencia del Departamento de Defensa. Ya es un dato de la causa que se nombre en dicho cargo a un fanático tal y que además conserve luego su puesto.

⁹ Lo cual pasó a ser un sobrentendido de su política exterior. Si en la segunda mitad del siglo XIX hasta un poeta, Walt Whitman, urgía por la extensión de la Unión hacia el sur del continente, no puede parecer extraño que en 1912 el presidente William Taft afirmara: “El hemisferio todo nos pertenecerá, como de hecho, ya nos pertenece moralmente, por la virtud de la superioridad de nuestra raza”. En 1962, el Departamento de Estado presentó al Senado estadounidense una lista que exponía que entre 1798 y 1895 se habían realizado 103 intervenciones en asuntos de otros países, muchos de ellos latinoamericanos. El documento citaba tales precedentes para justificar el uso de la fuerza contra Cuba.

no siguiera ocurriendo. Ante las acciones encubiertas o explícitas de dicha nación contra los países latinoamericanos desde por lo menos el siglo XIX, es casi incomprensible tanta falta de conciencia nacional, regional e histórica. ¿Es que no hemos aprendido nada? Por ello, no se puede dejar de pensar en un servilismo interesado, en un temor indigno de quienes han asumido la tarea de guiar a sus pueblos o en una falta ya no sólo de inteligencia, sino de sentido común. ¡Cómo entender que las ovejas busquen ansiosas la compañía del lobo!¹⁰

El escenario ideológico, social, económico y político mundial en que está inserta América Latina, hace más necesario que nunca que la Filosofía y las disciplinas humanistas y sociales en general, tengan el rol de dejar en evidencia que la Modernidad es una tradición anglosajona y mostrar las consecuencias de tal proyecto. Incluso, esa tarea debería ser tomada institucionalmente por las universidades latinoamericanas a través de la conformación de programas o centros de *estudios anglosajones*. De esa manera, se podrá enjuiciar de forma informada la adopción, síntesis o tal vez el rechazo de la Modernidad. Pues, como un observador ajeno y crítico, se puede comprobar que su promesa de universalismo, tolerancia, libertad, bienestar, igualdad, secularización y racionalismo, no es tal o tiene una significación del todo contraria o singular. A la vez que, al menos por contraste, podremos despejar el tema de nuestra identidad.

Situarse como un investigador latinoamericano puede parecer un manido lugar común. Pero cobra relevancia no sólo por una cuestión de identidad del autor, sino por la constatación de que pertenecemos a una tradición diferente y que no es considerada por el excluyente proyecto del que, a pesar de lo contradictorio que aparece, muchos habitantes de esta parte del continente quieren formar parte. Por eso, es fundamental que también se institucionalicen en América Latina programas o centros de *estudios latinoamericanos*. Tanto para profundizar en el conocimiento de nuestra realidad y tradición, como para desde esa base difundir un proyecto cultu-

ral propio. Al conocer nuestra tradición sabremos también cuáles son los *incentivos* culturales (ideológicos, valóricos y materiales) necesarios para concretarla, mantenerla y mejorarla.

Se estima que es un deber urgente (intelectual, cultural y político) rechazar el que la Filosofía y el resto de las Humanidades sigan limitadas a ser ámbitos de simples juegos académicos, desconectados de la realidad y sin compromiso con nuestro contexto y nuestros pueblos. Como también el que sirvan, junto a las Ciencias Sociales, para legitimar por omisión o de forma manifiesta, ideologías y teorías (pseudo) científicas. Menos cuando estas proponen la validez y necesidad de mantener a una mayoría en la indigna precariedad de la pobreza, la depredación irracional de la naturaleza o un orden mundial represivo y abusivo. Se hace necesario de una vez por todas asumir la diferencia entre las teorías físicas o biológicas y las filosóficas o humanas en general. Las primeras no afectan para nada a sus objetos de estudio: la posición del sol jamás varió a causa de las polémicas entre heliocentristas y geocentristas. En cambio, en el terreno humanista, cuando un sistema de ideas se materializa en una economía, política u otra teoría social, sí es capaz de influir en las ideas, valores y formas de vida de las personas y grupos humanos.

Se cree aquí que tener una plena conciencia del mundo en que se vive junto con la *autoconciencia* es el primer paso de la *liberación*. De la posibilidad cierta de emprender la construcción de una comunidad desde nuestra propia matriz la cual considera la solidaridad, la libertad y la racionalidad. El reto es llevar la teoría a la práctica y seguir siendo fieles a su espíritu en el proceso. Y esa tarea no es sólo para líderes iluminados, sino que requiere el activo compromiso de los pueblos. Pues, como bien decía Albert Einstein, y se demuestra en cada crisis de un grupo humano:

“La vida es muy peligrosa, no por las personas que hacen el mal, sino por las que se sientan a ver lo que pasa”.

¹⁰ Es el caso del gobierno *servilista* de Ricardo Lagos y su tozudo empeño (que no fue debatido a nivel nacional) de que Chile firmara un tratado de libre comercio con E.U.A. Cabe preguntarse sobre la conveniencia de asociarse con quien de manera flagrante ha violado históricamente la ley internacional, y tiene el poder para quedar impune y obligar a que cualquier país acate su voluntad. Considérese sólo dos precedentes: E.U.A. se negó a pagar las reparaciones a las que fue condenado por la Corte Internacional de Justicia por su papel en la guerra de los “contra” en Nicaragua a principios de los ‘80; y, con las diferentes naciones nativas de América del Norte ha firmado a través de su historia más de 400 tratados, ¡violándolos todos!

